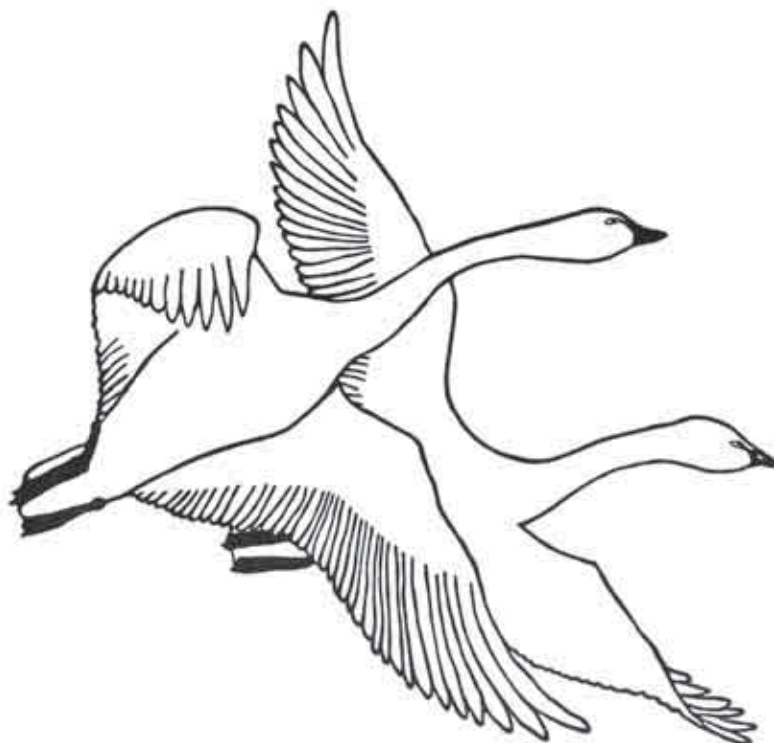


Diferencias culturales entre *Homo sapiens* y *Homo neanderthalensis**

Pasante en Antropología Física Zalma Victoria Prado Alvarado,
Camilo Manzano García y Manuel Soberanes Cobo

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA-INAH

paznike@yahoo.com.mx



Una de las grandes interrogantes de la paleoantropología gira en torno al tiempo y lugar de origen de nuestra especie, *Homo sapiens*, así como a su relación con otros miembros de la familia homínida.

Las diversas hipótesis que se han formulado al respecto encajan en términos generales en dos modelos rivales que postulan, respectivamente, que el humano moderno evolucionó de forma convergente a partir de poblaciones ancestrales dispersas –corriente denominada “multirregionalismo”–, y que el *H. sapiens* es una especie bastante nueva que nació en África, desde donde emigró al resto del mundo, compitió y en última instancia to-

mó el lugar de otros homínidos. A esta última se le conoce como Teoría del origen africano o de la sustitución.

Subyacentes a estas posturas existen dos concepciones muy diferentes de la evolución humana, a saber, que ésta siguió un curso rectilíneo y progresivo, como sugiere el escenario multirregional, y que el hombre moderno es el último sobreviviente de una familia animal muy diversificada, como sostienen los partidarios del modelo de sustitución.

En el centro mismo de este enfrentamiento ideológico radica el debate del lugar de otro homínido, el Hombre de Neanderthal,

en nuestra historia evolutiva. Los neanderthales vivieron desde hace 230 mil años hasta hace poco menos de 30 mil, y sus dominios se extendieron sobre una amplia porción del bloque continental euroasiático, desde la Península Ibérica hasta Asia Central. Su anatomía refleja la adaptación a los rigores de la vida en climas fríos: baja estatura y amplia caja torácica. Presumiblemente para tener calor de forma más eficiente, esqueleto pesado que debió soportar una musculatura extraordinaria y una nariz inusualmente prolongada, al parecer para dar más tiempo al aire gélido de calentarse antes de llegar a los pulmones.

La cuestión es si el Hombre de Neanderthal ocupa o no un lugar ancestral en el linaje del humano moderno.

Para tratar de resolver este punto se han esgrimido dos clases fundamentales de argumentos: los de índoles biológicas, en especial los procedentes de datos anatómicos y moleculares, por un lado, y por el otro los culturales, aportados por la arqueología.

En relación con los primeros, citaremos sólo unos ejemplos significativos para enfocarnos luego en el aspecto cultural.

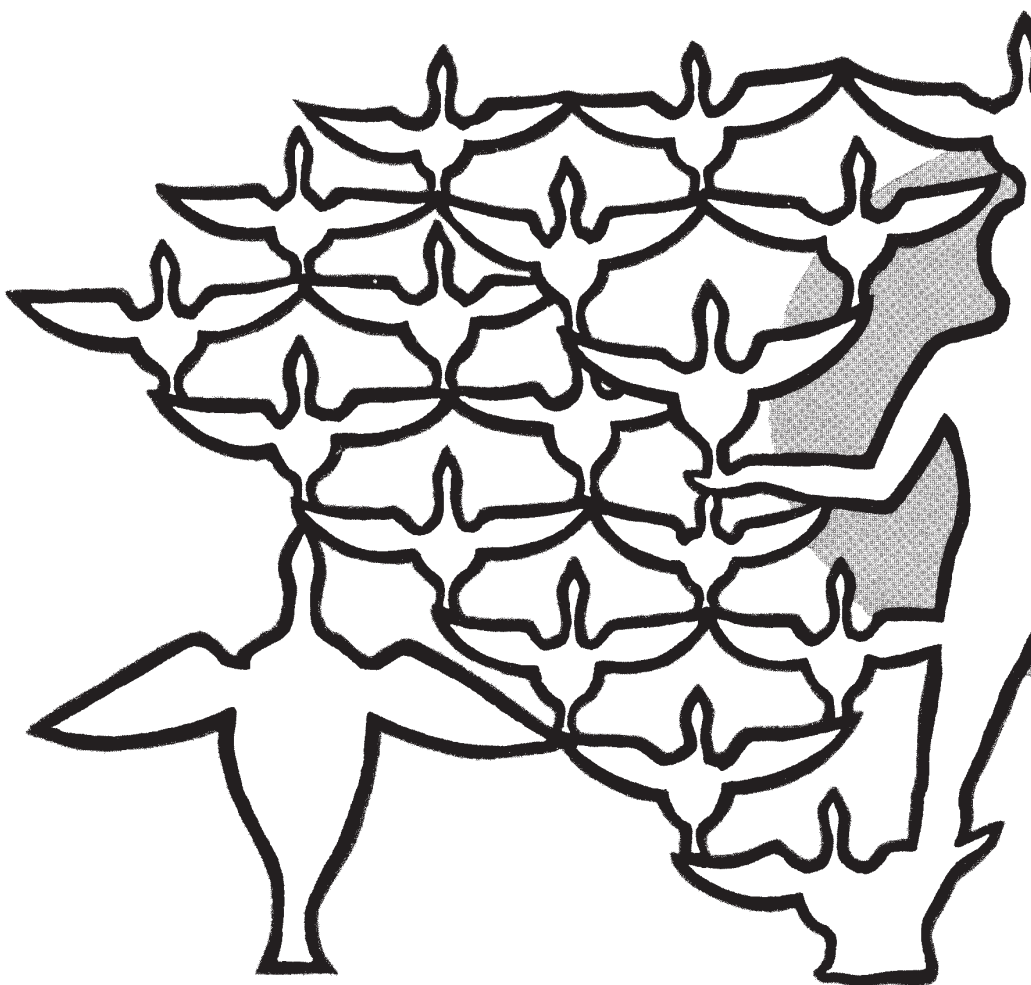
En cuanto a la evidencia anatómica, un equipo de especialistas exhumó en un sitio llamado Lagar Velho, Portugal, el esqueleto de un infante con edad calculada de cuatro años y 24,500 años de antigüedad, que presenta miembros cortos y relativamente pesados, al estilo neanderthal, pero un cráneo esencialmente moderno. Sus descubridores sugirieron que el individuo pertenecía a una población híbrida de neanderthales y modernos. En caso de haber ocurrido tal hibridación, neanderthales y modernos serían simplemente variaciones de la misma especie, lo que apoyaría el enfoque multirregionalista al incluir al Hombre de Neanderthal en nuestra misma línea filogenética.

Pero los partidarios del origen único objetan esta interpretación al señalar que un híbrido debería tener una mezcla de rasgos en toda su anatomía, en vez de un cuerpo de neanderthal y un cráneo moderno. Además, argumentan, la aceptación del espécimen de Lagar Velho como un híbrido sugeriría que los rasgos neanderthalenses habrían persistido en la población mestiza miles de años después de la desaparición del patrón morfológico típicamente neanderthal, lo que les parece muy improbable dado que tales características habrían sido borradas por los rasgos modernos en un periodo

tan largo de tiempo. Para estos científicos, el ejemplar portugués no es otra cosa que un humano moderno particularmente robusto.

Esta osamenta fue motivo de una enconada controversia entre sus descubridores, encabezados por Eric Trinkaus, reconocido experto mundial en neanderthales, y los detractores de su interpretación, entre ellos Ian Tattersall. La disputa, que se llevó a cabo en

Guinea: hallaron que el nivel de variación genética en las poblaciones modernas es relativamente poco, pero que la mayor diversidad se da en personas de origen africano, lo que interpretaron como prueba de que nuestra especie es muy reciente, pero que el linaje africano es el más antiguo, ya que su material genético ha tenido más tiempo para acumular cambios. Con base en el supuesto de una tasa constan-



publicaciones científicas y en Internet, incluyó acusaciones personales de deshonestidad intelectual e incompetencia.

Por lo que toca a la evidencia molecular, un equipo integrado por Alan Wilson, Rebecca Cann y Mark Stoneking compararon segmentos específicos de ADN mitocondrial de 147 personas que representaban poblaciones de África, Asia, Australia, Europa y Nueva

te de mutación, estos investigadores calcularon que el surgimiento del *H. sapiens* ocurrió entre 140 y 290 mil años atrás.

Por su parte, los multirregionalistas sostienen que los resultados del estudio se explican por un intercambio génico entre las poblaciones ancestrales, lo que habría permitido mantener la unidad de la especie pero sin borrar las diferencias regionales que se aprecian en

la actualidad. Este argumento, que si bien se enfrenta a la aparente improbabilidad de que los grupos humanos estuvieran en contacto tan estrecho como para mantener un intercambio genético constante, es al menos teóricamente posible e ilustra el riesgo de obtener resultados completamente distintos a partir de los mismos datos, dependiendo de los presupuestos que se apliquen. Así como la posición de

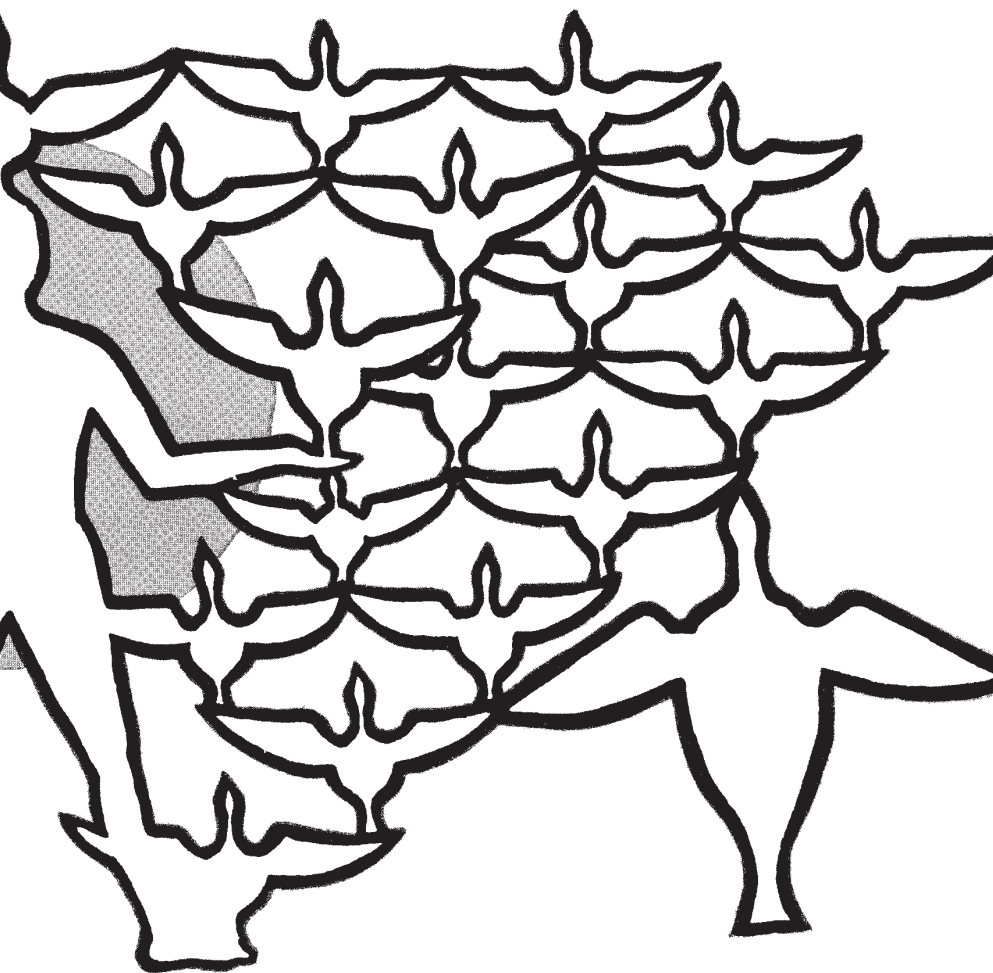
tre unos y otros. A principios del siglo XX, los investigadores hallaron restos neanderthales de 60 mil años de antigüedad en tres cuevas de Israel. En dos cuevas cercanas encontraron esqueletos de características modernas entre 10 y 20 mil años más recientes. Durante uno de los periodos de auge de la concepción lineal de la evolución humana, los científicos no dudaron en interpretar los hallazgos como

decir que eran anteriores a los allí descubiertos.

La reciente datación de los huesos de un espécimen femenino indica que los neanderthales vivieron en Levante desde hace unos 170 mil años, de tal forma que al parecer coexistieron en la región con los hombres modernos durante decenas de miles de años. Durante ese tiempo, ninguna de las dos formas manifestó señal alguna de tener una tecnología superior o un comportamiento diferente respecto de la otra; cazaban las mismas presas y utilizaban instrumentos semejantes.

La tecnología que usaban ambos se clasifica como perteneciente al Modo 3 o Paleolítico Medio, caracterizado por la preparación de núcleos con una forma determinada (similar al caparazón de una tortuga), para luego extraer lascas que más tarde se retocan para el acabado final. A esta cadena operativa se le conoce con el nombre de Levallois y se distingue porque de cada núcleo se obtienen varios instrumentos, aprovechando al máximo la materia prima y el esfuerzo.

Sin embargo, hace unos 50 mil años, los modernos comenzaron a manifestar una cultura más avanzada, caracterizada por la fabricación no sólo de herramientas de piedra más refinada, sino de hueso y cuerno, así como armas arrojadizas. Esta tecnología se clasifica como del Modo 4, que se distingue por la preparación de núcleos alargados para la obtención de lascas finas y de bordes paralelos, y al menos dos veces más largas que anchas. Estas hojas eran retocadas y transformadas en útiles tan variados como los buriles (instrumentos biselados que se usaban para trabajar el hueso, el asta y el marfil) y los raspadores distales, que eran hojas con un extremo retocado que se utilizaba para preparar pieles.



los supuestos multirregionalistas descansa en la tesis, no demostrada, de que hubo un intercambio génico entre poblaciones, la de los partidarios del origen africano depende de la igualmente incomprobada presunción de que no lo hubo.

Veamos pues qué dice la evidencia arqueológica. Aquí nos topamos con una paradoja, pues el primer encuentro entre ambos homínidos no revela diferencias culturales en-

evidencia de una ancestría directa de los neanderthales a los modernos. Incluso se pensó que podría tratarse de una misma población que evolucionó gradualmente a través del tiempo. No obstante en 1988, la reevaluación de los fósiles con nuevas técnicas de datación nuclear estableció que los hombres modernos de las cuevas israelíes tenían en realidad de 80 mil a 100 mil años de antigüedad, es

Asociados con las manifestaciones del Modo 4 aparece el arte en forma de figurillas transportables de animales y personas, enterramientos con señales claras de ritual o ceremonia, así como grabados y pinturas rupestres, aunque estas últimas surgen algunos miles de años después.

La causa de este nuevo comportamiento es motivo de debate, pero algunos investigadores lo relacionan con el surgimiento del pensamiento simbólico y el lenguaje, que presumiblemente le dieron al hombre moderno una ventaja competitiva sobre los neanderthales, pese a la superior fuerza física de estos.

Por la razón que haya sido, los humanos de tipo moderno que llegaron a Europa hace aproximadamente 40 mil años armados con su nueva tecnología, y unos 10 mil años después los otrora ubicuos neanderthales habían desaparecido.

Los defensores de la teoría del origen africano sostienen que, en vista de la rápida desaparición de los neanderthales, éstos fueron eliminados por los recién llegados, ya sea a través de enfrentamientos violentos o simplemente en la competencia por los mismos recursos y el espacio. En todo caso, indican, la evidencia arqueológica es de sustitución.

El paleoantropólogo Chris Stringer plantea la idea de que el hallazgo de figurillas femeninas muy similares en una amplia zona de Europa, de entre 21 mil y 23 mil años de antigüedad, indica una cultura material compartida que habría propiciado la comunicación y cooperación entre grupos. De acuerdo con Stringer, esto supuso una considerable ventaja durante contingencias ambientales. El biólogo Colín Tudge va más allá y postula que los modernos ya poseían una protoagricultura y protoganería mucho antes de la Revolución Neolítica, lo que les habría dado una fuente al-

ternativa de alimento que evitó una merma drástica de sus poblaciones, al menguar sus principales recursos alimentarios durante tales contingencias. Esto supuestamente los convirtió en cazadores-recolectores más eficientes, lo que a su vez ayudaría a explicar las extinciones de grandes mamíferos alrededor de las épocas generalmente aceptadas en que los humanos llegaron a Australia y América, lugares a los que los neanderthales no se aventuraron.

Naturalmente, los multirregionalistas no han dejado estos argumentos sin réplica, y afirman que los neanderthales tenían un pensamiento tan complejo como el nuestro. Señalan por ejemplo el hallazgo en un sitio neanderthal en Regourdou (sur de Francia) de una fosa que contenía más de 20 cráneos de osos, cubierta con una lápida de más de una tonelada de peso. Estos científicos piensan que ese sitio constituye una prueba de que los osos formaban parte de la mitología de los neanderthales. Asimismo, citan el descubrimiento de lo que ellos piensan son ofrendas en entierros neanderthales, como herramientas líticas, piezas de alguna presa y alimentos y plantas cerca de los cuerpos.

Sus rivales argumentan a su vez que no hay evidencias convincentes de comportamiento simbólico en estos homínidos, o de la producción de objetos simbólicos, ciertamente no antes del contacto con los humanos modernos. Precisamente utilizan el argumento de la aculturación para explicar la tardía aparición en sitios neanderthales de artefactos, que muestran una combinación de características del Modo 3 y del Modo 4. A esta industria intermedia se le conoce como Chatelperroniense.

Aunque la mayoría de las evidencias apunta actualmente hacia el origen único del Homo sapiens, probablemente en África, y al modelo de sustitución, la cuestión aún está lejos de quedar zanjada.

El enfrentamiento ha tenido como consecuencia una polarización de posiciones, de tal forma que los científicos se adhieren a una u otra, haciendo caso omiso de que las teorías no son expresiones exactas de la realidad sino, en el mejor de los casos, modelos aproximados.

Otro efecto ha sido la incorporación al debate de argumentos extracientíficos. Por ejemplo, multirregionalistas y valedores de la teoría de la sustitución se acusan entre sí de racismo; aquellos dicen que separar a modernos y neanderthales en especies distintas revela una tendencia a exacerbar nuestras diferencias, a rechazar la “alteridad” en vez de abrazarla, y a ver conflicto en donde hubo integración. Sus detractores señalan que, al ubicar los orígenes de las diferencias humanas en el remoto pasado en vez de en un tiempo relativamente reciente, los partidarios del modelo lineal son quienes enfatizan las brechas entre poblaciones. Después de todo, se podría argumentar, haciendo uso de una analogía moderna, que quienes niegan que ocurriera el genocidio contra los judíos y otros pueblos por parte de los nazis no son las almas bondadosas incapaces de concebir tal atrocidad, sino aquellas a quienes les gustaría intentarlo de nuevo.

La realidad es que ambos pierden el punto. El que unos u otros sean o no racistas no tiene impacto retroactivo alguno sobre lo que ocurrió en el Pleistoceno.

Los paleoantropólogos se topan aquí con la peculiar dificultad de que tratan de dilucidar sus propios orígenes, lo que incorpora, o más bien refuerza, el elemento emocional. Pero la ciencia no es una empresa ajena a los afectos, prejuicios, culturas o intereses de quienes la practican. Lo que cabe es identificar nuestras preferencias de tal forma que podamos minimizar su influencia.